Las increíbles, pero ciertas aventuras de Fino y Magno

Alfonso Barroso Valero

Las increíbles, pero ciertas aventuras de Fino y Magno

Alfonso Barroso Valero

Avant
editorial

Primera edición, abril de 2024
© Alfonso Barroso Valero, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-10236-16-5
IBIC: FA
DEPÓSITO LEGAL:M-9969-2024

Dedicado a Teresa y a Ángel, mis padres.

Agradecido a Iván y a María del Pilar, siempre por inspirarme y, en muchas ocasiones, por su paciencia; y a Fernando, por sus incansables ánimos.

1

Fino y Magno parten en busca del puro y sin mancha

La madre naturaleza, prodigiosa y provisora las más de las veces, pero también veleidosa e imprevisible en otras, le dotó de su peculiar constitución anatómica. Olvidándose quizá, o movida por una repentina necesidad de ahorro, de incluir la debida capa de carne, más o menos gruesa, pero siempre acorde con la morfología del conjunto, pareciera haber rectificado en el último momento y, tirando de algunas sobras, recortes de otras criaturas quizá, tuvo a bien dotarlo de una fina capa de dicho esencial elemento entre la piel y los huesos. Sin embargo, de esto último parece que andaba sobrada la buena mujer, pues la longitud de los elementos que formaban su osamenta excedía a los acostumbrados en el común de los mortales, es decir, que, desde luego, a la vista de cualquiera resultaba mucho más alto que ancho, pero mucho. Alto, estirado más bien, zanquilargo, como si alguien, durante su etapa más acelerada de crecimiento, le hubiera anclado al suelo por los tobillos, le hubiera sujetado bien fuerte por la sobaquera y hubiera tirado con fuerza constante hacia arriba. El resultado había sido a la postre un cuerpo largo, a fuerza desgarbado, vencido hacia abajo por su propio peso, como sauce llorón. Recuerda que su madre contaba que, cuando fue extraído de su seno el primer día de su vida, escuchó cómo una enfermera decía: «¡Madre mía, mirad dentro que nos hemos

dejado la otra mitad!», de lo delgadillo que estaba. La enfermera se excusó enseguida, afirmando que aquello era humor de paritorio, que no pretendía ofender… se tuvo que callar ante la severa mirada del padre de la criatura que, aunque terriblemente mareado por el espectáculo, había logrado mantener a duras penas la consciencia hasta el final. El calvario que hubo de pasar la criatura en sus años mozos, como es imaginable, no se lo deseaba ni al peor de los profesores que tuvo (y mira que hubo candidatos, y candidatas también). Alambre, Palillo, Bichopalo, Alfiler, Agujilla, Huesitos, Sinchica, Rayita, Fideo, Renglón, Churrillo… un sinfín de apodos más o menos cariñosos con los que era generalmente conocido y mentado por la chiquillería siempre ávida de torturar insectos, pequeños animalillos y a otros infantes en general. Nadie (salvo familiares y alguna vecina cotilla) conocía su nombre, el de verdad, es decir, el oficial, el que aparecía en las listas de clase justo delante de García Estirado, sus apellidos, y que no era otro que José María. El único que sí lo conocía era su inseparable amigo desde el jardín de infancia, aquel fiel compañero de juegos, de pupitre, de confidencias juveniles. Pero tampoco lo utilizaba, pues todo el mundo hacía uso de los motes que consuetudinariamente se establecían y que, como estigmas imborrables, se hacían uno con el agraciado para los restos (sólo algunos privilegiados podían presumir de tener no uno, sino varios motes, aplicables según las circunstancias; otros, sin embargo, no se sabe por qué, carecían de apodo alguno, pero eran los menos, unos descastados los pobres). Como no era cuestión de apartarse de la manada en este aspecto, ni prácticamente en ningún otro, bien es cierto, su compañero adoptó finalmente uno que, según su personal criterio, se ajustaba mejor no ya solo al aspecto físico de su amigo, que también, sino que además lo conjugaba oportunamente con un relevante rasgo de su personalidad, si es cierto aquello de que los hombres no se miden a palmos. En una ocasión escuchó a una profesora la siguiente expresión referida a José María: «Este chico hace gala de una fina ironía», al comprobar cómo se fajaba dialécticamente frente a los acosos verbales de los más crueles, jamás enfrentándose con sus mismas armas, esto es, el insulto fácil y la vejación gratuita, sino haciendo uso del comentario irónico y la réplica sarcástica. De modo que de aquel circunstancial comentario extrajo el apodo definitivo: «Fino». Este sensible amigo de Fino no se parecía, por

otra parte, físicamente en nada a él. En su caso, la madre naturaleza había, quizá para compensar, o porque en aquel momento disponía de gran excedente, derrochado abundantes carnes a la hora de moldear este nuevo ejemplar de humano ser, acumulando una generosa capa entre la piel y los, en su caso, cortos, aunque robustos huesos que componían su esqueleto. Bajito, por tanto, rechonchete, grueso, voluminoso. Su madre también recuerda frecuentemente (su padre no porque, aunque presente en el parto, nada más comenzado el asunto sufrió un desmayo y tuvieron que dejarlo tirado en el suelo, apartado hacia una pared, para que no estorbara) el comentario de la enfermera nada más tomar en sus brazos al retoño: «¡Pues venían mellizos y este se ha comido al otro!». Humor de paritorio. Sin embargo, su madre no se había enfadado, más que nada porque en aquel momento no tenía cuerpo la mujer para enfadarse, ni para alegrarse, ni para prácticamente nada de nada. Se comprenderá la empatía que Fino sintió casi al instante de conocerle, cuando en el jardín de infancia los colocaron uno junto al otro en el parque de bolas: a uno las esferitas de plástico apenas le cubrían hasta las rodillas, al otro casi hasta el pecho. Pero sobre todo dicha comprensión mutua se reforzaría sobremanera posteriormente si atendemos a cuando, ya en la escuela primaria, el maestro tuvo la genial idea de sentarlos uno junto al otro el primer día de clase: a uno el pupitre le llegaba por el ombligo, al otro por el cuello. Ya a tan temprana edad había entonces criaturitas que apuntaban alto en el mundo del cruel escarnio y la burla gratuita, pues alguno de estos aspirantes a abusón rompía en estruendosas carcajadas cuando, estudiando las letras mayúsculas, soltaba en mitad de clase: «¡Mirad, ahí están la I y la O!». Humor de parvulario, justificaban los padres de la ingeniosa criatura entre risas. El caso es que, desde luego, fue uno de los afortunados a los que también le correspondía panoplia de motes: Bolita, Sebo, Grasitas, Albóndiga, Vaca, Mantecas, Pancita, Barriguitas, Tocinillo, Pierrecuadrado (este lo utilizaba solo un empollón de matemáticas) … Su amigo inseparable desde entonces, Fino, por aquello de seguir prudentemente con la tradición y no apartarse tampoco de la común costumbre, eligió también un apodo que reuniera en una sola palabra algo definitorio tanto de su aspecto físico como de su espíritu. En su caso la inspiración apareció repentinamente al escuchar una frase en clase de Historia: «…entonces, el gran Alejandro

Magno…», «¿Qué significa Magno?», preguntó al profesor, «Significa el Grande», respondió este sin muchas ganas, «¿Es que era muy grandote?», Fino, necesitado de una mayor aclaración, preguntó, «¡No seas borrico, hombre!», le respondió el docente antes de brindarle, eso sí, la pertinente aclaración: «Lo de Grande viene por sus grandes logros, por sus inigualables hazañas, sus victorias gloriosas en el campo de batalla, la fundación de innumerables ciudades, llamadas todas ellas Alejandría, por todo el mundo conquistado, por la promoción de las artes, las ciencias, la filosofía…», y ya no escuchó más Fino. Se volvió en ese preciso momento hacia su compañero de pupitre y dijo muy solemnemente: «Ramón —que así se llamaba de verdad, Ramón García Redondo ponía en las listas—, te llamaré, a partir de este momento, Magno». Entusiasmó sobremanera el apodo a su amigo, de modo que desde ese día no desaprovechaban ocasión, ya fuera dentro del aula, en el patio, en el parque (de árboles y caquitas de perro, ya no el de bolas), en las calles, avenidas y bulevares, o allí donde pudieran ser escuchados, de llamarse, viniera a cuento o no, en voz alta utilizando sus apodos: «¡Fino, ven!», «¡Voy, Magno!», «¡Fino! ¿Qué toca ahora?», «¡Mates, me parece, Magno!», «¡Fino, a ver quién proyecta más lejos el chorro!», «¡Yo, como siempre, Magno! ¡Tengo más larga la pirula!», «¡Magno! ¿Qué hay que responder a la pregunta tres?», «¿La tres…? ¡Espera a ver…! ¡Ah, sí, ya lo tengo, Fino! ¡Los Reyes Católicos!». Este último diálogo les costó un suspenso a ambos en Ciencias Sociales, claro. Tanto éxito tuvieron aquellos apodos, que al poco tiempo ya todo el mundo en el barrio los conocía por ellos, dejando sumergidos en las profundas y oscuras aguas del olvido sus nombres originales, para gusto de los chicos (haciendo suyo aquello de ni mote que escueza, ni burla que duela) y disgusto de sus padres. Fino y Magno, Magno y Fino, Bicho Palo y Bicho Bola, como también se les conocía en el barrio, amigos inseparables.

Nos encontramos a ambos personajes recién terminada la universidad, ya graduados y con ganas, aunque casi más incertidumbre, de comenzar una nueva etapa de sus vidas. Disfrutan de la ociosidad y la molicie que por el momento les brinda este recién estrenado verano sin más obligaciones que dejar transcurrir el tiempo despreocupadamente. Algo, sin embargo, vino un día a alterar tan aletargante estado, algo que daría quizá un nuevo aliciente y acaso les brindaría

una oportunidad de comenzar de verdad esa nueva vida que esperaban. Una calurosa noche, cuando se hallan tumbados en sus respectivos lechos, tuvo lugar sin previo aviso ese algo. Al día siguiente, muy temprano porque tenían urgencia por contarse lo que les había ocurrido, y sin haber desayunado siquiera, se citaron en el mismo lugar de siempre: en un destartalado banco que había frente al portal del edificio donde ambos vivían. Los dos amigos confirmaron entonces exactamente la misma historia: como todas las noches hacían con la almohada, habiendo estado meditando sobre el futuro más inmediato y, como era habitual entonces, sentir la más profunda angustia sobe el mismo, recibieron de repente un aviso. Más bien habría que decir una llamada, una epifanía incluso. Desde el techo de la habitación descendía lentamente una luz blanca, un tanto difuminada por una nube que se interponía, de la que salía una cálida voz que transmitía un mensaje que decía algo así como: «Sal de aquí, abandona tu vida tal y como la has conocido hasta ahora, el futuro no llega solo, no cabe esperar, sino que hay que salir a su encuentro. Recorre el mundo en busca de él, solo así hallarás tu destino que te será revelado cuando encuentres al que es puro y sin mancha… puro y sin mancha… pur… y si… cha…». Y así, alejándose lentamente tanto la luz como la voz, terminó la epifanía. No muy dados a la mística, desde luego, pero profundamente impresionados por haber tenido exactamente la misma experiencia los dos la misma noche y sin necesidad de haber consumido sustancia psicotrópica alguna, decidieron en aquel mismo momento y de mutuo acuerdo, seguir aquellos consejos que tanto prometían. Total, el verano acababa de comenzar y sin tener en perspectiva ninguna obligación (por ahora, ya que Magno empezaría a trabajar de socorrista en un par de semanas y Fino, en el mismo plazo de tiempo, ayudaría a su padre en el negocio de fotocopias que tenía este) aceptaron pues el insólito desafío propuesto en aquella misteriosa aparición. Dijeron a sus padres que se iban de camping unos días, equiparon sus mochilas con los bártulos imprescindibles, hicieron acopio de todo el dinero de que disponían, más una materna y paterna generosa aportación extra, y se dispusieron con buen ánimo y henchida ilusión a salir en busca de su destino, ahí es nada.

Y allá van ahora, en buena hora, que más vale un hoy que diez mañanas, el uno junto al otro, como siempre, dispuestos a mirar hacia

delante, en pos de la aventura, sin adargas ni alforjas, sin rucio ni rocín, pero con igual entusiasmo al menos que aquellos dos entrañables personajes del genial maestro de escritores todos.

2

Primeras andanzas en Torremocha del Francés, un pueblecito con historia

Llegando a la primera población a que sus pies, ya un tanto doloridos, les condujeron, decidieron hacer parada. En el cartelito a la entrada del pueblo se podía leer Torremocha del Francés, que así se llamaba la localidad. Les extrañó que, siendo domingo, y la hora que era, las once y media de la mañana, no hubiera gentes por las calles, aunque pensaron que tal vez habría que adentrarse más en el trazado urbano del pueblo, hasta alcanzar al menos la zona más céntrica para, entonces sí, toparse con el bullicio de los paisanos paseando, yendo a misa en busca de edificante sermón, arrimándose a los mesones en busca de suculento desayuno los menos madrugadores, y ya del primer vinito o vermú los más. Alcanzaron al poco un enorme caserón, de esos con los grandes ventanales enrejados y situados a una considerable altura en las recias paredes de piedra que constituían la gran edificación. Se aceraron a la puerta de doble hoja, portalón más bien, de esas habilitadas para ejercer como paso de carruajes, y se quedaron mirando un cartel que había colgado junto a ella, en el que el Excelentísimo Ayuntamiento informaba al visitante de los acontecimientos históricos que llevaron al consistorio, hace treinta años ya, a restaurar el caserón, antiguo palacio de una de las más importantes familias autóctonas, los Majada y Ortiz, y declararlo patrimonio histórico-cultural de la localidad, así

como alguna información relevante para entender el peculiar nombre de la misma. Resulta, tal y como leen los dos visitantes, que el nombre anterior del pueblo fue Torrealta del Llano, pero que, a comienzos del siglo XIX, con la invasión aquella del francés, hubieron de cambiarlo por la insobornable fuerza de los hechos. El acontecimiento histórico que provocó este trascendental cambio fue que, como era un pueblito pequeño y sin apenas interés estratégico, los invasores tan solo lo utilizaban de paso, prefiriendo establecer sus campamentos a las afueras de las grandes urbes de mayor enjundia. Pero había algo que molestaba sobremanera a esos ejércitos invasores, y era que, cuando se detectaban movimientos de tropa por la zona, los religiosos encargados de las parroquias de toda la comarca habían acordado, en secreto, un toque de campa con el que avisar de dichos movimientos a las tropas del legítimo monarca y a las múltiples partidas que pululaban por la zona, ganando con ello estos una ventaja táctica considerable. Enterados de esto, al someter a cruel martirio a algunos de estos patriotas hombres de iglesia, ni cortos ni perezosos, un buen día, emplazaron un cañón bien gordo en el tejado de una de las casas que se levantaban frente a la iglesia y, *pum*, al cuarto cañonazo acertaron de pleno en el campanario de esta (orgullo de la localidad hasta entonces por ser considerada la de mayor altura de toda la comarca y una de las más altas de toda la geografía patria). Un último *tolón* al impactar la bala en la campana, y esta, y gran parte de la estructura que la sostenía, se desplomó inexorablemente, ya para siempre sobre el empedrado de la plaza mayor. De ahí lo de Torremocha, claro. Se cuenta también que el cura del pueblo, como última medida disuasoria, se había atado a dicha campana, salvando la vida milagrosamente al impactar con el suelo ésta justo por el lado contrario al que se había amarrado el sacerdote (peor suerte, o menor asistencia divina, tuvo el alguacil de por entonces, don Rufino Bienhaces, que murió despachurrado por el broncíneo armatoste al hallarse de ronda justo en ese momento, también es casualidad, por allí). Ocurrió que, entonces, un general francés que andaba de paso paró a dar descanso a sus agotadas caballerías y, como sintió envidia de ellas, decidió descansar también él mismo y ya de paso degustar algún plato típico de la tierra. Fue amablemente invitado por el entonces alcalde, Romualdo Majada y Ortiz López, uno de los dos grandes terratenientes del momento, a su modesta

casa (precisamente esa que tienen delante ahora mismo). Agasajado de más, el general quedó tan agradecido y cautivado también por la arrebatadora belleza de la hija menor del alcalde, que decidió instalar su cuartel general allí mismo, con permiso, desde luego, del dueño de la casa. Este no puso pega alguna, faltaría más, pero sí alguna condición, cosa de poco: que el francés le nombrara alcalde perpetuo de Torremocha y que las tierras de Eulalio Malperdón Hedilla, el otro terrateniente del pueblo, le fueran expropiadas en un 85% y escrituradas a su nombre. El francés accedió de buena gana, pues en su cabeza de gran estratega no solo estaba el disfrutar de la sabrosa cocina de la señora de aquella casa todo lo que pudiera, sino también seducir al ángel que tenía por hija el alcalde. Fue el caso que una noche, tras haberse metido entre pecho y espalda más de media tortilla de patata y una botella de vino de la tierra, el hedónico general se fue, no sin antes dedicar sentidos versos a la niña de sus ojos (que no se enteró de nada porque los recitaba en francés, aunque le hacían gracia y por eso reía con arrebatadora ingenuidad al escucharlos, cosa que enardecía sobremanera al lascivo gabacho), a dormir. El problema es que ya no se volvió a levantar. Los oficiales montaron en cólera cuando descubrieron al general completamente incapacitado, ya por siempre, para emitir más órdenes, sosteniendo, tras una exhaustiva investigación, que había sido vilmente envenenado. Y para demostrarlo empíricamente, estos hijos de la Ilustración hicieron tragar a uno de los criados del alcalde el trozo de tortilla sobrante del día anterior, así, bien temprano y a palo seco. A las dos horas, el pobre mancebo dejó también de respirar *par saecula saeculorum*. De nada valieron la cascada de excusas, ni se atendió siquiera al poco consistente argumento del desesperado alcalde según el cual todo había sido fruto de una desgraciada casualidad: tanto el general como el mozo habían sufrido un corte de digestión que les provocó, fatalmente, la muerte. Las consecuencias fueron terribles: los gabachos se llevaron a la era a todas las mozas jóvenes y abusaron sin miramientos de ellas; hicieron escarnio del santo patrón de la localidad, cuya talla sacaron de la ermita en que se guardaba y montaron en un jumento para pasearlo mientras le decían cosas muy feas y retorcidas; requisaron mulas, gallinas, cerdos, aperos de labranza, todos los jamones y embutidos de la última matanza que se oreaban en las despensas; pintaron con trozos de madera carbonizada enormes falos

en las encaladas paredes de casi todas las casas… Al alcalde, por su parte, le propinaron un escarmiento oficial: como no se habían traído guillotina, y no encontraron una hoja de metal suficientemente grande como para improvisar una, se conformaron con fusilarle en la plaza mayor, completamente desnudo y delante de todo el pueblo. El primogénito del defenestrado alcalde, con la mosca tras la oreja, investigó con fino olfato de detective a Eulalio Malperdón Hedilla y, tras algunas amenazas y varios sobornos, que la capacidad deductiva solo no basta, descubrió al fin la verdad: un criado suyo había introducido, sin ser visto, una remesa de huevos envenenados en casa del alcalde, huevos que fueron empleados, como era de suponer, en la mortífera cena del general. Sin embargo, el mal ya estaba hecho y los franceses, al igual que el resto de los vecinos (más preocupados por recuperar a las mozas jóvenes y borrar de las paredes de sus viviendas las obscenidades dibujadas), no creyeron, o prefirieron no creer, esta versión alternativa de los hechos. El caso es que la familia del ya exalcalde tuvo que acostumbrarse a vivir desde entonces en la miseria, esperando que la vil injusticia se reparase algún día; mientras que la del ladino Eulalio Malperdón disfrutó de la riqueza de las tierras y del poder municipal hasta el mismísimo presente, abortando cualquier intento de esclarecimiento de los hechos acaecido en aquellos aciagos días.

Todo esto no lo leyeron en el cartel, claro. Entre que la letra era muy pequeña y que el cristal que cubría el mismo estaba como ahumado por la continua exposición a los inclementes rayos del sol, allí no se entendía casi nada. Fue un amable parroquiano el que, dado el interés que mostraban aquellos turistas y dada la casualidad de que él mismo era un buen conocedor de la historia del pueblo, y que, oye, si se puede pegar la hebra pues mejor que mejor, se ofreció amablemente a relatársela.

Tras escuchar con muchísima atención y gusto, y agradecérselo de todo corazón, Fino y Magno se encaminan ya hacia el interior de la localidad en busca de mayor compañía humana. Como no tienen plano y el amable e improvisado historiador local, al preguntarle sobre el camino para llegar al centro histórico, les dijo simplemente «*p´ayá*», los visitantes se han parado ahora frente a una casa en la que otro parroquiano, sentado en un poyete al reconfortante solecillo, les atiende con amabilidad.

—Oiga, disculpe, ¿dónde está la gente? —pregunta Magno al paisano.

—Ustedes son forasteros, ¿verdad? —interroga este mirando alternativamente a uno y a otro.

—Pues sí, pero solo porque no somos de aquí, acabamos de llegar, ¿sabe? —responde Fino—. Aunque, no crea, ya nos hemos puesto al tanto de la rica historia de la localidad, un amable vecino nos la ha recordado, ahí junto al caserón ese…

—Pues fíjense que precisamente hoy se casa el hijo de Bonifacio Malperdón —informa el parroquiano—, insigne alcalde de la localidad, por eso todo el mundo está ahora mismo en la plaza mayor, frente a las puertas de la iglesia.

—Pues muchas gracias, nos vamos a acercar a ver. Oiga, una pegunta, usted, ¿no asiste? ¿No está invitado acaso? —pregunta Magno.

—¡Oh, no, no es eso! Es que a mí las bodas como que no me… —El paisano baja ahora el volumen de su voz y, mientras echa una furtiva mirada al interior de la casa, continúa hablando—, me recuerdan a la mía, ¡uf! —Agita con fuerza la mano derecha arriba y abajo—. Si quieren un buen consejo, no se casen. A mí —recupera el volumen de voz anterior—las bodas, ya les digo… los bautizos, aún, pero los casamientos... Ahora, lo que a mí me privan de verdad son los entierros, es que profeso una auténtica devoción por ellos, no me he perdido uno en los últimos veinte años, fíjense lo que les digo. Ese recogimiento, ese sentir, el paseo hasta el cementerio en respetuoso silencio tras el negro coche fúnebre, la emotiva ceremonia del pésame con ese «le acompaño en el sentimiento», la cohorte de plañideras con su lágrima fácil, la sentida misa… bueno, todo, todo me apasiona, no sabría decir lo que más, es el conjunto en sí, indiviso, a ver si me entienden. Y tengo mi propia teoría sobre ello, pues seguramente ustedes están pensando que vaya tío más raro, pero no, yo creo que es porque las bodas, aparte de lo que les he dicho, pueden ser de muchos tipos, quiero decir que unos se casan por amor, dicen, otros por dinero, otros porque es lo que toca, otros porque ya hay bollo en el horno…, sin embargo, a ver si me entienden, la muerte nos iguala a todos, sí, las causas pueden ser también múltiples: fallo coronario, insuficiencia cardiorrespiratoria, traumatismo craneal severo, atropello, asfixia con hueso de aceituna, disparo entre ceja y ceja, caída fortuita

en foso lleno de pirañas, mala *corná* de res brava… ¡qué sé yo!, pero el hecho en sí de morirte, eso, es igualito, igualito para todos, sin excepción. Yo creo que esta idea me viene de mi abuelo que fue socialista, ¿saben? Y siempre defendía más lo que iguala que lo que distingue… a ver si me entienden…

—Sí, interesante, sin duda, su análisis, y no exento de agudeza —comenta laudatoriamente Fino—. Pero si nos disculpa, nos gustaría contemplar la llegada de la novia y todo eso, que dicen que es un momento muy bonito y emocionante donde los haya…

—¿Saben que una vez uno resucitó? —El paisano no está dispuesto a soltar tan fácilmente a los forasteros—. Como lo oyen, lo enterramos por la mañana y por la tarde estaba en el bar del Ambrosio bebiendo vino, como si nada…

—Bueno, nos marchamos, ha sido usted muy amable… —Fino fuerza una interrupción lo menos brusca posible.

—… «Qué, Jacinto, ¿qué se siente cuando la *espechusca* uno?» —sigue hablando, imperturbable, el parroquiano—, le preguntábamos, y el jodido nos respondía: «Pues *ná*, para qué os voy a mentir, un sinsabor así, como repentino, que te se sube por la corva y te se llega hasta el *cebrero*, y después pues mucha paz interior, como cuando estás vivo y te alivias de una judiada, o cuando te tiras un cuesco, pues parecido; ahora, que te entra una sed que *pa qué*…».

—Adiós —los amigos se despiden bruscamente del paisano, que queda el hombre solitario recordando en voz alta aquella sorprendente e inaudita resurrección.

La plaza mayor está a rebosar, *abarrotá* que dicen por aquí. Junto a la puerta de la iglesia, el novio, vestido de novio, rodeado por su madre, su padre y demás familiares y allegados, todos, claro, vestidos para la feliz ocasión (el cura, vestido para ceremoniar queda en un segundo plano). Espera el novio pues con evidente impaciencia la llegada de su amada futura esposa. Todas las miradas convergen en él, al igual que los inevitables comentarios de las expectantes gentes allí congregadas, que también lo tienen como protagonista: sobre su nerviosa actitud, la cara que pone o deja de poner, el traje que lleva, el que su madre quería que llevara, pero al final no se puso, y demás sabrosos dimes y diretes que amenizan la espera de los vecinos y que se comparten

con alborozo entre los presentes. Fino asoma la cabeza sin esfuerzo por encima de la masa de parroquianos y va informando a su buen amigo de lo que ve. Lo que escucha no hace falta, porque Magno es bajito, pero oye perfectamente, así que está al tanto sin problemas de las conversaciones que se producen, se cruzan, o incluso se chocan.

—Disculpe, buena mujer, ¿falta mucho para que llegue la novia? —Fino pregunta a una señora mayor, menuda, de desconfiada mirada proyectada por unos ojos pequeños pero vivarachos, que viste de riguroso luto desde el cuello hasta los tobillos y que corona su menuda cabeza de cerilla con un apretado y cano moño, el cual deja a la vista unas finísimas, cuasi transparentes, orejillas.

—Pues faltar, técnicamente no falta nada, joven —responde esta—, porque hace diez minutos que debería de haber llegado. ¿Son ustedes familiares, amigos de…?

—No, no, somos turistas que estamos de paso por el pueblo —informa Magno—. Nos hemos enterado de esto y hemos pasado a ver, que las bodas suelen ser ceremonias muy vistosas, de gran colorido y desbordante alegría.

—Pues a mí me da que esta no va a dar para muchas alegrías, fíjese usted —apunta la señora, dando un aire de misterio a sus palabras—. ¿Ven al señor ese rechoncho que hay junto al novio? Es su padre y alcalde de Torremocha. Miren qué cara lleva, se le llevan los demonios porque su hijo se va a casar con una Majada y Ortiz, ¡nada menos! Son dos familias que se odian, saben, desde…

—Sí señora, estamos al tanto de la historia —apunta Magno.

—¡Huy, qué mozos más formales! Pues entonces entenderán por qué, desde hace más de cien años, esas dos familias no se pueden ni ver…

—Como los Capuleto y los Montesco —apunta ahora Fino.

—Puede ser, sean quienes sean esos, pero seguro que sin tan mala leche como estos —indica la paisana—. El caso es que hay una mala sangre ahí, muy insana, se lo digo yo. No ha llegado afortunadamente, y propiamente hablando, aún la sangre al río, a pesar de las innumerables perrerías que se han hecho los unos a los otros. Y ahora resulta que se enamoran los hijos. Ese como loco por ella, pese a que sus padres han intentado arrancarle la idea de la cabeza y el sentimiento del corazón, con amenazas de desheredamiento incluso, pero nada,

no han conseguido doblegar la firme voluntad del joven. Sé de buena tinta que este ha llegado a amenazar incluso con quitarse la vida si no le permiten desposarse con ella, que los vecinos escuchaban a través de las paredes de su casa que decía a gritos: «¡La amo, más que a mi vida! ¡Si no la tengo prefiero morir ahora mismo!» —la señora emula dramáticos gestos con ambas manos mientras esto reproduce—, y cosas por el estilo, fíjense qué cuadro.

—Disculpe que la interrumpa, pero parece que ya viene la novia —anuncia Fino oteando por encima de las cabezas—, la gente está abriendo paso por allí…

—¿Es guapa? —pregunta Magno que, a pesar de estar todo el rato de puntillas, no alcanza a ver más que un mar de espaldas al frente y, si se gira, abdómenes más o menos abultados.

—¡Un momento! ¡No es la novia! ¡Es un soldado… antiguo! —Fino informa sorprendido.

—Pero ¿qué dices? ¡Cuenta, cuenta!

—Sí, Magno, un señor disfrazado de soldado decimonónico, puede que francés, y va montado en un borrico. Ahora se baja… se acerca… se para a unos pasos del novio… saca un pergamino y lo desenrolla… empieza a leer… ¡A ver, por favor, que no se oye! —De repente, como si de un solo cuerpo se tratara, la masa de gente parece atender el ruego de Fino y se produce un silencio total, expectante—. Dice no sé qué de aquella infausta jornada… que todo ha sido desgracia para su familia desde entonces…

—¡Esa le ha dejado plantado! ¡Lo sabía! —La amable señora con la que estaban hablando dibuja entonces una enorme sonrisa de satisfacción en el rostro mientras esto dice.

—A ver… —Estira Fino el cuello todo lo que puede por encima de la multitud—. Que ni se perdona ni se olvida… que no le ha querido nunca… todo era una farsa… que se le revolvía el estómago cada vez que siquiera la rozaba… pero por fin ha llegado el día… que lamenta no poder ver el rostro de gilipollas que tendrá en este momento… ¡Por favor! —El murmullo, que ha ido creciendo a medida que el soldado decimonónico de pega francés leía el pergamino, alcanza cotas que impiden ya escuchar nada más.